

# Hacia El Cese Del Suicidio Eclesiástico

## Una Teología De La Paz Desde El Punto De Vista Anabaptista

Por *Anthony F. Buzzard*  
MA (OXON), MA TH

Título Original (En inglés)  
“*Towards the Cessation of Church Suicide: A Theology of Peace from an  
Anabaptist Point of View*”

(A Journal from the Radical Reformation, Summer 1996, Vol. 5, No. 4)

**Traducción** (Translation):  
por **Fernando Coutinho Sánchez**  
([ferjoscousan@gmail.com](mailto:ferjoscousan@gmail.com))  
Machalí – Osorno, Chile, septiembre de 2024

Todas las citas Bíblicas de este estudio son tomadas de la versión española de Casiodoro de Reina con revisión de Cipriano de Valera, 1960. (VRV60). A menos que se indique lo contrario.

Todas las inserciones explicativas del autor dentro de un versículo de las Escrituras están entre  
**[CORCHETES]**.

Todo griego, hebreo, las palabras arameas o de otro idioma diferente, está en *CURSIVA* y / o transliteradas al español.

Una confesión sencilla subyace a esta presentación de una teología de la paz: leí el Nuevo Testamento después de una invitación a ver lo que dice la Biblia sobre el uso de armas nucleares. Encontré en los documentos a un Jesús marcadamente diferente del Jesús con el que me había criado la iglesia anglicana. Era un Jesús que desafiaba a sus posibles seguidores con una exigencia radical de obediencia: “¿Por qué me llamáis ‘señor’ y no hacéis lo que yo digo?” (Lucas 6:46). Obviamente esperaba que el Sermón de la Montaña se tomara con la máxima seriedad. Algo de esta respuesta “ingenua” a órdenes claras subyace a la insistencia de *Dietrich Bonhoeffer* en que:

Jesús sólo conoce una posibilidad: simple rendición y obediencia, no interpretando el Sermón de la Montaña ni aplicándolo, sino haciéndolo y obedeciéndolo. Esa es la única manera de escuchar su palabra. Pero, una vez más, no quiere decir que se deba discutir sobre ello como un ideal, en realidad quiere que nos pongamos manos a la obra. <sup>11</sup>

¡Qué deliciosamente libre está esto de la pesadilla de la complejidad teológica que a menudo acompaña el debate sobre Cristo y la guerra!

Desde el punto de vista de que Jesús prohíbe volar en pedazos a los enemigos, todos los argumentos en contra parecen compromisos peligrosos diseñados para interferir con la obediencia esencial necesaria para entrar en el Reino de Dios: “*No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos*” (Mateo 7:21). Jesús continúa pronunciando el más terrible de todos sus dichos. Muchos protestarán ante el juicio por haberle servido fielmente hasta el punto de predicar en su nombre y demostrar su poder en hazañas carismáticas. Sin embargo, no serán reconocidos como algo más que falsos profetas (Mateo 7:23). La cuestión es claramente una de obediencia por fe; y la obediencia debe incluir la sumisión a las “duras palabras” sobre “amar a los enemigos” y “no resistir a las personas malas”. Una vez que se adopta el criterio absolutista, las diversas “religiones” que ofrecen las denominaciones comienzan a parecerse sospechosamente a falsificaciones: pálidos reflejos del original, imitaciones no demasiado bien camufladas de la realidad, pero suficientemente dotadas de lenguaje cristiano para parecer plausibles. ¿No era necesario un apóstol para advertir a los corintios de que el diablo estaría ocupado promoviendo sus versiones espurias de “Jesús”, “espíritu” y “evangelio” (2 Corintios 11:1-4)? ¿Es el Jesús que ha tolerado la violencia de las iglesias durante unos diecisiete siglos el Jesús Mesías de la revelación? ¿Las comunidades cristianas que sancionan el uso de una fuerza destructiva terrible contra sus enemigos y correligionarios, en nombre de la “guerra justa”, están navegando bajo banderas falsas?

Partiendo de unos principios ingenuos, se puede añadir sustancia a la convicción mediante lecturas de teología y de historia de la Iglesia. Construiré mi teología de la paz con la ayuda de esas muchas voces que para mí tienen el claro tono de la Verdad, a diferencia del lenguaje trágico del compromiso y la apostasía. A lo largo de todo el libro tomaré nota de los razonamientos persistentes, pero, según me parece, equivocados del bando que parece empeñado en oscurecer y hacer compleja una cuestión sobre la que Jesús nunca se equivocó. Para alguien que busca la verdad de las Escrituras, la queja de Habacuc parecía hablar elocuentemente de la justificación oficial de la Iglesia de Inglaterra después de la guerra de la participación cristiana en un “conflicto justo”:

*“¿Por qué me haces ver iniquidad, y haces que vea molestia? Destrucción y violencia están delante de mí, y pleito y contienda se levantan. Por lo cual la ley es debilitada, y el juicio no sale según la verdad; por cuanto el impío asedia al justo, por eso sale torcida la justicia” (Habacuc 1:3, 4).*

La reacción de mis devotos padres a mi “idealismo” fue hacerme examinar por un psiquiatra, bajo cuya supervisión y cronometrado con un cronómetro, ordené los bloques según un patrón prescrito.

Recientemente, el descubrimiento de un pacifista británico en un entorno similar me ha ayudado a comprender la revolución que el Sermón de la Montaña provocó en alguien para quien la guerra formaba parte del respetable *status quo*:

No olvidemos que desde mi nacimiento todas mis asociaciones e impresiones estaban a favor no sólo de la legalidad sino también de la gloria de la guerra... La guerra parecía la condición más normal del hombre, y la paz una rara y vacía excepción. <sup>[2]</sup>

Un argumento poderoso en favor de la no participación cristiana en la guerra puede construirse sobre la historia de la iglesia primitiva: los creyentes aparentemente no se unieron al ejército hasta alrededor del año 177 d.C., y a partir de entonces no era inusual que se negara el bautismo y la Cena del Señor a quienes habían derramado sangre. Se presume que la iglesia de principios del siglo II mantuvo un vínculo más estrecho con la verdad apostólica original. Sin embargo, dado que es a las Escrituras a las que debemos apelar como árbitro final en cuestiones de doctrina cristiana, nuestra línea de defensa más fuerte contra la teoría post-constantiniana de la “guerra justa” puede basarse en la visión bíblica de la hermandad cristiana. (Un vestigio de este punto de vista se ve en la insistencia de las iglesias post-constantinianas en que el clero se abstenga de matar).

## I. “AMAOS LOS UNOS A LOS OTROS”

Las semillas de la ética del Nuevo Testamento de una comunidad separada que demuestra la adhesión a una prioridad por encima del estado se encuentran en el Antiguo Testamento. La Escritura hebrea establece el principio de que el derramamiento de sangre en la guerra entre hermanos es impensable (2 Crónicas 11:4: “*ni peleéis contra vuestros hermanos*”). La palabra de Elías a Joram de Jerusalén es clara en su condena del fratricidio: “*sino que has andado en el camino de los reyes de Israel, y has hecho que fornicase Judá y los moradores de Jerusalén... y además has dado muerte a tus hermanos, a la familia de tu padre, los cuales eran mejores que tú*” (2 Crónicas 21:13). La carrera militar de David se considera una descalificación para construir el Templo (1 Crónicas 22:8). Abraham debía romper los lazos con su país de origen, así como con su familia natural, para convertirse en el padre de una nueva comunidad de fe (Génesis 12:1-4). Jesús mismo sigue este modelo cuando reconoce a su verdadera familia no en María y José, sino en aquellos que hacen la voluntad del Padre (Mateo 12:46-50).

La iglesia del Nuevo Testamento incluye evidentemente a creyentes de todas las naciones, pues en Cristo no hay “*griego ni judío, circuncisión ni incircuncisión, bárbaro ni escita, siervo ni libre, sino que Cristo es el todo, y en todos*” (Colosenses 3:11). La gran comisión, basada en el pacto con Abraham, manda una propagación internacional de la Buena Nueva del Reino (Mateo 24:14; 28:29, 30) y prevé así la formación de una comunidad de reyes y sacerdotes “*de todo linaje y lengua y pueblo y nación*” (Apocalipsis 5:10), que han de “*tened paz los unos con los otros*” (Marco 9:50), ser sal en un mundo putrefacto (Mateo 5:13) y “*de una generación maligna y perversa, en medio de la cual resplandecéis como luminarias en el mundo*” (Filipenses 2:15). La iglesia constituye así el Nuevo Israel de Dios (Gálatas 6:16), diseñado evidentemente para ser un microcosmos del venidero Reino de paz en la tierra. El premilenialismo, basado en la visión de los profetas que Jesús respaldó (Romanos 15:8) y a la que se aferran el Antiguo y el Nuevo Testamento versículo tras versículo, ofrece la esperanza de una paz mundial cuando las naciones dejen para siempre de aprender el arte de la guerra (Isaías 2:2-5). La eficacia del cristianismo debe demostrarse ahora por la comunidad de los “*hijos del Reino*” (Mateo 13:38) (es decir, aquellos destinados a un lugar en el Reino) quienes, mediante el amor visible que tienen unos por otros, proclaman al mundo la promesa de la Nueva Era. La esperanza de los profetas debe realizarse en la comunidad creyente, al menos en cierta medida, en “*el presente siglo malo*”, aunque se espera la regeneración del mundo en general más allá del Día del Señor (Mateo 19:28; Hechos 3:21). La iglesia internacional debe ser como una flecha que apunta hacia la paz mundial del futuro mesiánico.

Este tema bíblico omnipresente recibe un golpe mortal cuando se propone que los creyentes pueden participar en la matanza de sus hermanos de otras naciones. Tal fratricidio sólo sugiere que el cristianismo no funciona, que el espíritu es demasiado débil para vencer las hostilidades naturales de la carne. De este modo, el Nuevo Testamento pierde su sentido. La humanidad, en su trato con diferentes pueblos, no se beneficia en absoluto de Cristo. El odio no es reemplazado por el amor. No es de extrañar que encontremos a Santiago protestando que la amistad con el mundo significa inevitable hostilidad hacia Dios (Santiago 4:4). En ningún otro lugar se muestra esto con más claridad que cuando los “*creyentes*” participan en la matanza de otros miembros del Cuerpo de Cristo. Satanás debe considerar esto como su mayor triunfo; porque entonces Cristo se divide contra Cristo, la iglesia se suicida, el cuerpo se autodestruye y la evidencia del espíritu de Dios obrando internacionalmente entre los pueblos de la tierra es destruida.

Este tipo de argumentación en apoyo de la idea de una iglesia cristiana internacional no depende, para su éxito, de unos pocos textos bíblicos. Es un axioma en todo el Nuevo Testamento que los cristianos tienen una prioridad más alta que la lealtad al estado-nación individual. Dios ha hecho de cada cristiano un miembro del cuerpo universal de Cristo. La prioridad de la responsabilidad hacia los hermanos creyentes, independientemente de su origen nacional, está muy clara en nuestros documentos cristianos. Mandatos repetidos sobre la amabilidad, la tolerancia, la unidad en el espíritu y el poder del testimonio visible del amor cristiano llenan las páginas del Nuevo Testamento. ¿Cómo puede alguien imaginar que bombardear a otros cristianos puede ser otra cosa que una negación absoluta de la fe? No puedo entender cómo la protesta directa del archidiacono *Percy Harthill* pudo caer en oídos sordos y no producir un arrepentimiento radical en todas las iglesias:

El credo proclama además que la Iglesia es católica... universal y mundial... no simplemente internacional sino supranacional... La comunidad de la Iglesia es algo que el hombre no hizo y que no se le debe permitir romper... Obviamente, por lo tanto, cualquier lealtad política o social de los cristianos debe pasar a un segundo plano... Todos los hombres deben saber que somos discípulos de Cristo si nos amamos unos a otros *como Él nos amó (Juan 13:34, 35)* ... Dentro de la comunidad cristiana, cada uno debe estar vinculado con todos por un amor como el de Cristo por todos. Ese es el nuevo mandamiento; y la obediencia a él debe ser la evidencia para el mundo del verdadero discipulado... Esa es la cualidad que Cristo diseñó para la unidad de la Iglesia. Pero, ¿puede algo estar en conflicto más completo con tal ideal que el que los cristianos vayan a la guerra contra los cristianos? ... ¿Puede alguien fuera de un manicomio sugerir que cuando, por ejemplo, los cristianos británicos y estadounidenses aceptaron la responsabilidad de arrojar la bomba atómica que mató y mutiló en cuerpo y alma a sus correligionarios cristianos en Nagasaki, tal acto podría ser “prueba” de que dentro de la comunidad cristiana estaban unidos por un amor como el de Cristo por cada uno de ellos? Si alguien todavía duda de esto, que lea “*We of Nagasaki*” (Nosotros de Nagasaki), escrito por sobrevivientes cristianos del bombardeo. <sup>[3]</sup>

Alguien que vio la fuerza de este llamado a la no violencia cristiana fue el ex capellán militar católico romano, *George Zabelka*:

En 1945, la isla de Tinian era el mayor aeródromo del mundo. De allí podían despegar tres aviones por minuto las veinticuatro horas del día. Muchos de esos aviones iban a Japón con el expreso propósito de matar no a un niño o a un civil, sino a cientos, miles y decenas de miles de niños y civiles... y yo no decía nada. Como capellán, a menudo tenía que entrar en el mundo de los muchachos que estaban perdiendo la cabeza por algo que habían hecho en la guerra... Un hombre me dijo que había estado en una misión de bombardeo a baja altura, volando directamente por una de las calles principales de la ciudad, cuando justo delante de él apareció un niño pequeño, en medio de la calle, mirando al avión con asombro infantil. El hombre sabía que en unos segundos el niño moriría quemado por el napalm que ya había sido lanzado... sin embargo, nunca prediqué un solo sermón contra el asesinato de civiles a los hombres que lo estaban haciendo... El silencio en tales asuntos, especialmente de un organismo público como los obispos estadounidenses, es un sello de aprobación. ... Los hechos son que setenta y cinco mil personas murieron quemadas en una noche de bombardeo incendiario sobre Tokio. Cientos de miles fueron destruidas en Dresde, Hamburgo y Coventry por bombardeos aéreos. El hecho de que cuarenta y cinco mil seres humanos fueran asesinados por una bomba sobre Nagasaki fue nuevo sólo en la medida en que fue una bomba la que lo hizo... Me parece una señal de que mil setecientos años de terror y matanza cristiana deberían llegar el 6 de agosto de 1945, cuando los católicos lanzaron la bomba atómica sobre la ciudad más grande y primera católica de Japón. Uno habría pensado que yo, como sacerdote católico, habría hablado en contra del bombardeo atómico de monjas. (Tres órdenes de hermanas católicas fueron destruidas en Nagasaki ese día). Uno habría pensado que yo habría sugerido que, como norma mínima de moralidad católica, los católicos no deberían bombardear a los niños católicos. No lo hice. Yo, como el piloto católico del avión de Nagasaki, “El Gran Artista”, fui heredero de un cristianismo que durante mil setecientos años se dedicó a la venganza, el asesinato, la tortura, la búsqueda del poder y la violencia por prerrogativas, todo en nombre de nuestro Señor... Ruego a Dios que nos perdone por cómo hemos distorsionado las enseñanzas de Cristo y destruido su mundo mediante la distorsión de esas enseñanzas. <sup>[4]</sup>

Estos apasionados gritos por el abandono de una tradición que niega el Evangelio cobran fuerza en numerosas voces de la tradición anabaptista, lo que demuestra el avance de la Reforma Radical sobre las denominaciones mayoritarias en términos de captar el espíritu del cristianismo auténtico. En un perspicaz artículo titulado “El cristiano y la guerra: una cuestión de conciencia personal”, <sup>[5]</sup> *David R. Plaster* describe el argumento pacifista que él mismo encuentra convincente. Esto “se relaciona con la prioridad de la obligación del creyente hacia su ciudadanía celestial”. <sup>[6]</sup> Continúa citando a *John Drescher*: “La iglesia es un cuerpo interracial, supranacional y transcultural compuesto por todos los que ponen su fe en Jesucristo como Salvador y lo siguen como Señor”. <sup>[7]</sup> *Plaster* luego se refiere al desarrollo de *Myron Augsburger* de las consecuencias de la participación en el cuerpo de Cristo:

Afirmar que uno es miembro del Reino de Cristo ahora significa que la lealtad a Cristo y su Reino trasciende cualquier otra lealtad. Esta postura va más allá del nacionalismo y nos llama a identificarnos

en primer lugar con nuestros compañeros discípulos de cualquier nación, mientras servimos juntos a Cristo. <sup>181</sup>

*Augsburger* luego lleva el argumento a su máxima expresión de la siguiente manera: La prioridad de obedecer a Dios en lugar del hombre “entra en conflicto con la participación activa del creyente en la guerra”. <sup>191</sup> Y lleva el razonamiento un paso más allá:

Dado que nuestra mayor lealtad es hacia el reino de Cristo, y dado que ese reino es global, un cristiano de una nación no puede participar honorablemente en la guerra, lo que significaría quitarle la vida a otro hermano o hermana de otra nación. <sup>1101</sup>

*Plaster* observa que “aquellos que permiten la participación en la guerra hasta el punto de quitar la vida humana no han dado una respuesta a este punto”. <sup>1111</sup> *Dale Brown* suma su voz a este argumento cuando informa que *M.R. Zigler* “a menudo se ponía de pie y proponía que los luteranos se comprometieran a negarse a matarse unos a otros, los anglicanos a otros anglicanos, etc”. <sup>1121</sup> Los menonitas ahora distribuyen tarjetas postales en las que está impreso el lema: “Una modesta propuesta para la paz: que los cristianos se nieguen a matarse unos a otros”. Mientras tanto, *Eileen Egan*, editora de *The Catholic Worker*, nos recuerda que *Constantino* y *Agustín* tomaron prestada la teoría de la guerra justa de los paganos para permitir que los cristianos laicos se convirtieran en soldados. <sup>1131</sup>

## II. INJUSTICIA DE LA “GUERRA JUSTA”

Uno de los rasgos más sorprendentes del debate sobre los cristianos y la guerra es la manera inquebrantable en que los defensores de la “guerra justa” admiten que su origen está en la Grecia y Roma paganas. Aparece como un concepto desarrollado sobre la base de la ley natural por Cicerón y “cristianizado” por Agustín. A veces se hace también referencia al Antiguo Testamento. Sin embargo, Jesús rechazó específicamente la “*lex talionis*” como base adecuada para la comunidad del espíritu del Nuevo Testamento, tanto en su enseñanza como en su ejemplo (*Mateo* 5:38, 39). El Antiguo Testamento mismo deplora la guerra interna en Israel. El fratricidio ocurre inevitablemente cuando el “Israel” del Nuevo Testamento toma partido contra sí mismo en la guerra. Además, la filosofía pagana griega y romana es vista por el Nuevo Testamento como una amenaza peligrosa para la fe (*Colosenses* 2:8). La fe es esencialmente hebrea en sus principales ingredientes y debe protegerse contra la invasión de la filosofía. *Floyd Filson* lo dice de manera muy elocuente:

El parentesco primario del Nuevo Testamento no es con este ambiente gentil, sino más bien con su herencia y ambiente judíos. A menudo, nuestros credos y teologías tradicionales nos llevan a pensar en términos dictados por conceptos gentiles y, especialmente, griegos. Sabemos que, no más tarde del siglo II, comenzó el esfuerzo sistemático de los apologistas para demostrar que la fe cristiana perfeccionó lo mejor de la filosofía griega... El Nuevo Testamento habla siempre con desaprobación y, por lo general, con una denuncia contundente de los cultos y filosofías gentiles. Concuerda esencialmente con la acusación judía del mundo pagano. <sup>1141</sup>

Más adelante dice: “La iglesia moderna a menudo malinterpreta su relación con el Antiguo Testamento e Israel y a menudo se inclina a preferir la actitud griega a la perspectiva del Nuevo Testamento”. <sup>1151</sup>

En la misma línea, el canónigo *H.L. Goudge* escribió: “Cuando la mentalidad romana y griega llegó a dominar la iglesia, se produjo un desastre en la doctrina y la práctica del que nunca nos hemos recuperado”. <sup>1161</sup>

*Eberhard Griesebach*, en una conferencia académica sobre “*Christianity and Humanism*” (Cristianismo y Humanismo), señaló: “En su encuentro con la filosofía griega, el cristianismo se convirtió en teología. Esa fue la caída del cristianismo”. <sup>1171</sup>

El paganismo que se esconde en el cristianismo post-constantiniano (aunque su infiltración comenzó a principios del siglo II) también lo revela el profesor *G.J. Heering* en su libro “*The Fall of Christianity*” (La

caída del cristianismo). *Lutero*, sostiene, derivó su teología del Estado de la ley natural estoica. Sus sucesores en los tiempos modernos han dado un estatus absoluto a la autoridad relativa del Estado, que exige obediencia ciega. “Ha llegado el momento de que el cristianismo se desenrede del imperialismo y la guerra”.<sup>[18]</sup>

Refiriéndose a continuación a la Iglesia católica romana, señala una debilidad sistémica que permite a los creyentes ser seducidos a desobedecer el mandato del amor:

Aunque es una iglesia internacional, el catolicismo romano muestra poca desaprobación del Estado nacionalista y sus formas de vida. La notable amistad del Papa con el dictador pagano romano de Italia, cuyo Dios es el Estado y cuyo culto es la ley, el poder y la guerra, y la evidente e ineficaz impotencia del Vicario de Cristo sobre sus congregaciones nacionales, cuyos miembros, más aún, cuyos “pastores” incluso se atacaban con bayonetas en la guerra, estas cosas nos dicen más que suficiente.<sup>[19]</sup>

Una teología incisiva de la paz debe exponer sin descanso la falsedad de los fundamentos sobre los que se construyen las tradiciones protestante y católica sobre la guerra. El tortuoso argumento de Lutero para justificar la participación cristiana en la guerra necesita ser ensayado y descartado.

Cuando un cristiano va a la guerra o cuando se sienta en el banquillo de un juez, castigando a su vecino, o cuando registra una queja oficial, no lo hace como cristiano sino como soldado, juez o abogado. Al mismo tiempo, mantiene un corazón cristiano. No pretende hacer daño a nadie y le duele que su prójimo tenga que sufrir. Por lo tanto, vive simultáneamente como cristiano hacia todos, sufriendo personalmente todo tipo de cosas en el mundo, y como persona secular, manteniendo, utilizando y desempeñando todas las funciones requeridas por la ley de su territorio o ciudad, por la ley civil y por la ley doméstica.<sup>[20]</sup>

Pero, ¿sobre qué base del Nuevo Testamento puede un cristiano hacer algunas cosas como cristiano y otras no como cristiano?

Si se juzga a la luz del único criterio exigido por Jesús, la mayoría de las formas populares de cristianismo quedan condenadas. Por ejemplo, la teología de la Mayoría Moral carece notoriamente de la ética de amar a los enemigos en su “evangelio”. Prácticamente equipara la política exterior estadounidense con la voluntad de Dios. En palabras de *William Klassen*, “*Love of Enemies*” (Amor a los Enemigos), esta forma de fe:

tiene que ser declarada falsa y quienes la proclaman deben ser designados como falsos profetas. La facilidad con la que identifican a Estados Unidos con el cristianismo y el hecho de que no siguen a Jesús en la enseñanza de la liberación del odio, apoyan ese juicio. En la Biblia, los verdaderos profetas pronto se vieron expulsados de la presencia del rey, porque se negaron a aliarse con él o decirle lo que quería oír.<sup>[21]</sup>

Igualmente insatisfactorios son los intentos desesperados de algunos de justificar la continuación de la participación cristiana en la guerra con el argumento de que la ética cristiana es inadecuada para decidir lo que los cristianos hacen en su vida “política”. Algunos portavoces de la “guerra justa” parecen encontrar inaceptable la ética del evangelio:

El Evangelio es uno de los estándares de nuestra vida, pero no el único estándar. No toda nuestra moralidad está arraigada en el evangelio, sino sólo una parte de ella. Además del Evangelio hay exigencias de poder y derecho sin las cuales la sociedad humana no puede existir... El estado se basa en impulsos e instintos completamente diferentes de los que cultiva Jesús... Todas las construcciones que intentan explicar el estado a partir del amor fraternal al prójimo son, consideradas históricamente, palabrería vacía... No todo cumplimiento del deber es cristiano... Por eso no consultamos a Jesús cuando nos ocupamos de cosas que pertenecen al dominio de la construcción del estado y de la economía política.<sup>[22]</sup>

En un intento de encubrir el horror de la guerra, la declaración de *E. I. Bosworth*, decano del *Oberlin College*, es difícil de superar. Habló del amor y la amistad con que un soldado cristiano mata a su enemigo:

El soldado cristiano, en la amistad, hiere al enemigo. En la amistad, mata al enemigo. En la amistad, recibe la herida del enemigo. Mantiene su corazón amistoso mientras el enemigo lo está matando. Su corazón nunca envía al enemigo al infierno. Nunca odia. Después de haber herido al enemigo, se apresura a su lado lo antes posible con todo el servicio amistoso posible... [23]

Al parecer, no se había tomado en serio la visión realista de la guerra expresada por *Lord John Fisher*:

¡La humanización de la guerra! ¡Se podría hablar también de la humanización del infierno! Cuando un imbécil [el término es comparativamente inofensivo tal como se usa en Inglaterra] en La Haya se levantó y habló de las ventajas de la guerra civilizada y de poner los pies de los prisioneros en agua caliente y darles gachas, mi respuesta, lamento decirlo, fue considerada totalmente inadecuada para ser publicada. ¡Como si la guerra pudiera ser civilizada! Si estoy al mando cuando la guerra estalle, daré mi orden: “La esencia de la guerra es la violencia. La moderación en la guerra es imbecilidad. Golpea primero, golpea fuerte y golpea a todos”. [24]

Durante la Segunda Guerra Mundial, el obispo de Londres, en nombre de Cristo, adoptó la misma línea contundente:

“Matad a los alemanes, no por matarlos, sino para salvar el mundo. Matad a los buenos y a los malos; matad a los jóvenes y a los viejos; matad a los que han mostrado bondad hacia nuestros heridos, así como a los demonios que crucificaron al sargento canadiense... Como he dicho miles de veces, considero que es una guerra por la pureza, considero a todo aquel que muere en ella como un mártir”. [25]

La extraordinaria confusión de voces en este asunto de los cristianos y la guerra obliga a uno a preguntarse: ¿Cuál es la naturaleza de la religión que en Occidente hemos llegado a llamar cristianismo? ¿Refleja fielmente las enseñanzas de la Biblia? ¿Qué ha sucedido con la fe vital del Nuevo Testamento, que se distingue de esta amalgama de diversas clases de filosofía griega, platonismo y estoicismo con unas cuantas referencias bíblicas seleccionadas? ¿Cómo se puede equiparar esta cristiandad mundana con la comunidad que Jesús concibió como inflexiblemente no violenta (“En este [amor] todos los hombres os reconocerán como mis discípulos”) y a menudo presa de la religión organizada (“Llegará un tiempo en que los que creen que están haciendo un servicio a Dios os matarán”)? Después de todo, ¿es la etiqueta de “guerra justa” algo más que un encubrimiento para hacer caso omiso de las “duras palabras” de Jesús? Quienes preguntan: “¿Cómo *debemos* tratar como nación a nuestros enemigos?” ¿no traicionan su solidaridad con los sistemas de este mundo? ¿No hablan más bien los cristianos del Nuevo Testamento de “ellos”, el mundo, y de “nosotros”, los cristianos, una colonia separada de embajadores (*2 Corintios 5:20*) que habitan como “extranjeros residentes” (*1 Pedro 2:11*) en un mundo hostil?

La diferencia subyacente entre los defensores de la “guerra justa” y los pacifistas es simplemente ésta: los primeros creen que es su deber ayudar a “administrar” el estado ahora, mientras que los pacifistas bíblicos creen que el estado no puede ser pacificado de aquí a la segunda venida. La segunda posición sostiene con Pablo que Satanás sigue siendo “el dios de este siglo”. Por lo tanto, sostiene que la iglesia “no tiene nada que ver con juzgar [es decir, administrar] a los de afuera [de la iglesia]” (*1 Corintios 5:12*). Al mismo tiempo, tiene una escatología clara, al reconocer que los cristianos están destinados, en el futuro establecimiento del Reino, a “*administrar el mundo*” (*1 Corintios 6:2*, Moffat). En ese momento, la iglesia estará efectivamente a cargo de los asuntos mundiales. Las Escrituras están llenas de promesas de que los creyentes son candidatos para el cargo real junto con el Mesías (*Mateo 19:28; Lucas 22:28-30; 1 Corintios 4:8; 6:2, 2; Timoteo 2:12; Apocalipsis 2:26; 3:21; 20:4*). Hasta que llegue ese momento, la iglesia debe mantener un estatus de “extranjero residente”, sufriendo, si es necesario, en un mundo hostil al espíritu del Mesías.

### III. RECOMENDACIONES FINALES

El único antídoto contra el concubinato constantiniano en el que han caído las iglesias durante siglos es una teología de la paz fuertemente confesional. La iglesia debe recordar constantemente el horror de lo que

todavía hoy se contempla como una forma razonable de lograr una paz permanente. Debe insistir en que los planes para destruir la tierra invitan a la ira de Dios, no a la salvación (“y de destruir a los que destruyen la tierra” – *Apocalipsis 11:18*). Debe instar a los creyentes a recordar que Jesús dijo que los cristianos no deben ser “de este mundo” y que, puesto que el mundo entero está en “poder del maligno” (*1 Juan 5:19*), no deben unirse a él. El Estado es malo, está bajo el control de los “principados y potestades y los ‘cosmócratas’ (*kosmokratores*) de esta oscuridad presente” (*Efesios 6:12*). Si el cristianismo Post-Constantiniano hubiera estado del lado de Jesús, nunca habría contemplado la fabricación y el almacenamiento de armas tan poderosas que hoy podrían destruir cinco veces todas las grandes ciudades. No debemos permitir que la Iglesia olvide nunca que, incluso en 1985:

Las armas nucleares almacenadas por los EE.UU., la URSS, el Reino Unido, Francia y China equivalen a 1.000.000 de bombas de Hiroshima... Las 50.000 ojivas y bombas de los arsenales nucleares actuales incluyen 17.400 armas en las fuerzas estratégicas de las superpotencias. Su alcance es intercontinental. Cada arma es lo suficientemente poderosa como para destruir una gran ciudad, si hubiera tantas ciudades en el mundo... MX, oficialmente llamada *Peace-maker*, lleva diez ojivas con objetivos independientes y tiene un poder destructivo 300 veces más potente que *Little Boy*, que mató o mutiló a 200.000 civiles en Hiroshima. <sup>[26]</sup>

Terminamos como empezamos, con la segura afirmación de que sólo la negativa “anabaptista” a quitar la vida hace justicia al mandato de Jesús a su iglesia. Aunque la teoría del “mal menor” ha hecho su efecto en la gran mayoría de quienes se han declarado cristianos, “una reflexión seria indicará de inmediato que tal ética se mueve en un nivel completamente diferente del que proclamó Cristo”. <sup>[27]</sup> El mismo documento dice tan elocuentemente que:

que los cristianos se dejen arrastrar a tomar partido en la guerra es una negación de la unidad del Cuerpo de Cristo. La Iglesia cristiana no es provincial ni nacional, es universal. Por lo tanto, cada guerra en la que las iglesias de cada lado condonan o apoyan el esfuerzo nacional se convierte en una guerra civil dentro de la Iglesia. ¿No es este estado de cosas en el que un cristiano mata a otro cristiano una ruptura aún mayor de la comunión ecuménica que las deplorables diferencias confesionales que han desgarrado nuestra unidad? En efecto, ¿podemos nosotros, como cristianos, esperar que el Señor restablezca nuestra unidad en el culto mientras nos matemos unos a otros en el campo de batalla? Por lo tanto, humildemente nos sometemos: la negativa a participar en la guerra y a apoyarla en cualquier forma es el único camino compatible con el alto llamamiento de la Iglesia de Cristo. <sup>[28]</sup>

Amén. Pero, ¿escucharán? La Iglesia ecuménica no escuchó a *Bonhoeffer* cuando lanzó un llamado profético al arrepentimiento y a la obediencia. Terminamos con sus palabras, que reflejan una teología de la paz que se necesita urgentemente:

Nuestra tarea como teólogos consiste únicamente en aceptar el mandamiento de la paz, no como una cuestión abierta a discusión. La paz en la tierra no es un problema, sino un mandamiento dado en la venida de Cristo. Hay dos maneras de reaccionar a este mandato de Dios: la obediencia incondicional y ciega de la acción o la pregunta hipócrita de la Serpiente: “¿Conque Dios os ha dicho...?” Esta pregunta es el enemigo mortal de toda paz verdadera...

Los hermanos en Cristo obedecen su palabra; no dudan ni cuestionan, sino que guardan sus mandamientos de paz. No se avergüenzan, desafiando al mundo, ni siquiera de hablar de paz eterna. No pueden tomar las armas contra Cristo mismo, ¡pero eso es lo que hacen si toman las armas unos contra otros! <sup>[29]</sup>

Un plan práctico para la recuperación de la fe Pre-Constantiniana sería:

- 1) Un esfuerzo concertado por parte de las iglesias de paz para llamar a sus propios miembros a volver a una posición unida y vigorosa de paz.
- 2) Una campaña para dar a conocer esta posición dentro de todas las denominaciones, convocando así a un núcleo de creyentes no violentos.



3) La predicación del Evangelio del Reino en todas partes según su significado mesiánico original, con la paz como un requisito esencial del discipulado – paz ahora entre todos los creyentes, como preparación necesaria para la entrada en el Reino de Dios, a través de la supervivencia hasta la “*Parousía*” o por la resurrección en ese momento (*1 Corintios 15:23*).

4) El restablecimiento de la escatología (sin retirarse del apocalipticismo bíblico) como el primer lugar de la teología dogmática, con la ética y la eclesiología en un cercano segundo lugar, seguido por un examen de otros daños causados al cristianismo bíblico por la superposición de la filosofía griega.

## Notas Finales

- [1] “*The Cost of Discipleship*” (El Precio del Discipulado), New York: Macmillan, 1959, 218-219.
- [2] Sir L. Charles L. Brenton, hijo de un oficial de la marina, que abandonó la *Iglesia de Inglaterra por los Hermanos de Plymouth*; citado por Peter Brock, “*Pacifism in Europe*” (Pacifismo en Europa), Princeton University Press, 1972, 402.
- [3] “*War, Communism and the Christian Faith*” (La Guerra, El Comunismo Y La Fe Cristiana), James Clarke & Co., n.d., 47-49.
- [4] “*Peacemakers*” (Pacificadores), 16-18.
- [5] *Grace Theological Journal*, 6:2, 1985, 435-455.
- [6] *Ibid.*, 444.
- [7] “*Why Christians Shouldn’t Carry Swords*” (Por Qué Los Cristianos No Deberían Llevar Espadas) Christianity Today, Nov. 7, 1980, 21-22.
- [8] Cited de “*Christian Pacifism*” (Pacifismo Cristiano) in “*War: Four Views*” (Guerra: Cuatro Visiones), Intersociety Christian Fellowship of the U.S.A., 1986, 87.
- [9] *Plaster*, 445.
- [10] *Ibid.* cited de ““*Christian Pacifism*” (Pacifismo Cristiano)” 90.
- [11] *Plaster*, 445.
- [12] “*Biblical Pacifism*” (Pacifismo Bíblico), Brethren Press, 1986, 8.
- [13] Citado por Dale Brown, *ibid.*, 7.
- [14] “*The New Testament Against Its Environment*” (El Nuevo Testamento Frente A Su Entorno), London: SCM Press, 1950, 26.
- [15] *Ibid.*, 43.
- [16] “*The Calling of the Jews*” (El Llamado de los Judíos), en la “*collected essays on Judaism and Christianity*” (Recopilación de Ensayos Sobre Judaísmo y Cristianismo), citado por H.J. Schonfield en “*The Politics of God*” (Las Políticas de Dios), Hutchinson, 1970, 98.
- [17] Citado por Robert Friedmann en “*The Theology of Anabaptism*” (La Teología de los Anabaptistas), Herald Press, 1973, 50.
- [18] *Fellowship Publications*, 1930, vii.
- [19] *Ibid.*, 70.
- [20] “*Luther’s Works*” (Obras de Lutero), ed. Pelikan, Concordia, Vol. 21, 113.
- [21] *Philadelphia*: Fortress Press, 1984, 7.
- [22] Frederick Naumann, ministro luterano que escribió en 1917, citado por Ray H. Abrams, “*Preachers Present Arms*” (Predicadores Armas Presentes), Herald Press, 1969, 73.
- [23] *Ibid.*, 67.
- [24] Citado por Roland Bainton, “*Christian Attitudes to War and Peace*” (Actitudes cristianas ante la guerra y la paz), Abingdon Press, 1960, 247.
- [25] *Ibid.*, 207.
- [26] Ruth L. Sivard, “*World Military and Social Expenditures*” (Gasto Militar Y Social En El Mundo), World Priorities, 1983, 13ff.
- [27] “*Peace Is the Will of God*” (La Paz es Voluntad de Dios), (Testimonio ante el Consejo Mundial de Iglesias, por las Iglesias Históricas de la Paz y el Movimiento Internacional de Reconciliación), 1953, 13.
- [28] *Ibid.*, 17.
- [29] *Bonhoeffer, Briefe, Aufsätze, Dokumente*, 1928-1942, 447, 448.